

CAPÍTULO II

Los desafíos de la política

“El agotamiento de la política y de la democracia, se evidencia desde el momento en que los partidos políticos y con ellos sus cuadros y clase política no vislumbran el malestar presente en el funcionamiento de la democracia. La crisis de nuestro modelo democrático se expresa en el declive de nuestros actores y consecuentemente lo que es peor, la ausencia de propuestas y alternativas institucionales que permitan la recuperación de la salud, credibilidad y funcionalidad de los actores y del sistema en su conjunto”.

José Antonio RIVAS LEONE, 2002a

José Antonio Rivas Leone

La mutación de la política tradicional y la despolitización ciudadana

Se ha señalado que el agotamiento de la política y de la democracia, se evidencia también desde el momento en que las instituciones que sustentan del régimen, y especialmente los partidos políticos, y con ellos sus cuadros y clase política, no advierten el malestar presente en el funcionamiento de la democracia, y en la manera de hacer política, cuestión ésta que tiene un impacto en los ciudadanos, generándose situaciones de creciente despolitización y desarraigo hacia la política y los actores tradicionales.

Tendríamos que interpretar, según Benedicto y Reinares, que “el perceptible alejamiento del ciudadano medio respecto a la política institucional tiene, asimismo, mucho que ver con las crecientes dificultades de los partidos políticos para seguir siendo canales eficaces de transmisión de demandas e intereses actuales de los diferentes grupos sociales”³².

Asimismo, la despolitización observada en algunos países de América Latina en los noventa, entre ellos Venezuela, obedece naturalmente a una mutación o ruptura entre la política y los ciudadanos, a una alteración en los procesos de socialización política,

32 Jorge Benedicto y Fernando Reinares, 1992. p. 24.

y fundamentalmente a un rechazo de los actores tradicionales, tanto clase política como partidos políticos por parte de los ciudadanos. Tendríamos así que la descomposición de los actores y de la política respectivamente, se produce o va aparejada por el fenómeno de la despolitización, desencanto y, más radicalmente, rechazo por parte de los ciudadanos, e incluso de tentaciones populistas y apoyo a nuevos actores (caudillos, jefes populistas, *outsiders*).

La crisis del modelo democrático se expresa así en el declive de nuestros actores y consecuentemente, lo que es peor, en la ausencia de propuestas y alternativas institucionales que permitan la recuperación de la salud, credibilidad y funcionalidad de los actores y del sistema en su conjunto, trastorno éste que deja abierta una serie de alternativas y posibilidades no institucionales, y en ciertos casos incluso, reñidas para los ciudadanos y el sistema, dado que sus coordenadas y ejecutorias prescinden de las reglas y códigos estrictamente democráticos, como el respeto y valoración del pluralismo, la tolerancia, la diversidad de grupos e ideas.

Con Gurutz Jáuregui³³ tendríamos que advertir hasta que punto el aumento considerable de los índices y niveles de abstención electoral, aunado a una suerte de reducción o privatización de la política, la reducción de lo público y demás, expresan el descontento y cuestionamiento de las organizaciones partidistas, no tanto de la organización en sí como de su “forma de hacer política” y de la política misma como instancia degradada en la política latinoamericana.

En los años recientes nos encontramos y registramos situaciones muy diversas que ciertamente dejan muy mal parada a la política como proyecto. Como nunca antes, observamos un debilitamiento innegable del tejido institucional, una erosión de los mapas y guías que integran nuestra cultura política y la presencia

33 Gurutz Jáuregui 1996. Además véase los aportes que alrededor de este debate han hecho Garretón 1995; Madueño 1997; Montilla 2001; Mascott 1997; Marván 1999; Rivas Leone 2002a, 2002b; Ramos Jiménez 1997; Lechner 2002; Mayorga 1995.

en toda la década de los noventa de un clima antipartidista que no es más que un proceso más amplio de desinstitucionalización³⁴.

Un ejemplo de ello lo constituyen en esta etapa países como Perú, Venezuela, y en menor medida, Brasil y México, en los que con mayor o menor fuerza se evidencia una pérdida importante y debilitamiento apreciable del partido político como actor principal del juego democrático, y por tanto, máximo interlocutor entre la sociedad civil y el Estado. De manera tal que la década de los noventa representa para algunos países de América Latina la época de desinstitucionalización de los partidos y sistemas de partidos, por un lado, y la institucionalización de la antipolítica a través de nuevos actores y estilos, por otro³⁵.

Cabe precisar que los diversos fenómenos registrados están interrelacionados como son la crisis de los actores tradicionales, despolitización, nuevas formas de hacer política, y el distanciamiento de la esfera pública y por ende la retirada del ciudadano a la esfera privada por lo menos en lo que a los años noventa respecta.

Por otra parte, frente al debate generalizado de la crisis de nuestras organizaciones partidistas y su eventual transformación

34 Utilizamos el concepto de instituciones a partir de la aproximación de Guillermo O'Donnell: "Por institución entiendo un patrón regularizado de interacción que es conocido, practicado y aceptado (si bien no necesariamente aprobado) por actores que tienen la expectativa de seguir interactuando bajo las reglas sancionadas y sostenidas por ese patrón. Como señalan las perspectivas sociológicas, las instituciones suelen darse por descontadas, en su existencia y continuidad, por quienes actúan con y a través de ellas. Las instituciones 'están allí', regulando expectativas y comportamientos que no cuestionan su existencia socialmente dada". O'Donnell, G., "Otra institucionalización", *Ágora*. N° 5, Buenos Aires, Invierno de 1996, pp. 5-28. También véase detenidamente Lechner 2002.

35 Norbert Lechner señala que en América Latina –como en otras regiones– gana fuerza e incluso el poder gubernamental una suerte de 'anti-política' que sin cuestionar abiertamente la democracia, altera profundamente su ejercicio. Tales fenómenos representan para este autor más que una simple 'desviación'; pues señalizan un proceso más general de redefinición y reestructuración. Asistimos no sólo a cambios políticos, sino a un cambio de la política. Cf. Lechner 2002, pp. 23-42.

que es algo emblemático, hay quienes plantean la necesidad de buscar al interior de la teoría de los partidos políticos una crítica democrática de los partidos políticos³⁶, dirigida a buscar aquello que es disfuncional en dichas organizaciones. Es decir, se trata de identificar son aquellas disfunciones y déficit en materia de mediación, canalización, representación y socialización, funciones que por lo demás acusan una merma y deterioro, por lo menos en lo que a la realidad de Venezuela se refiere.

Lo cierto del caso es que a partir de un diagnóstico sobre lo disfuncional de los partidos al interior de la democracia (sin ánimo de establecer metas ni objetivos), podremos corregir las desviaciones a las que haya podido llegar el sistema de partidos. Esto presupone además de la crítica, una labor de ingeniería política, que ayude a establecer correctivos institucionales, a fin de que las instituciones sean más eficientes en la respuesta que tienen que dar a la demanda social, acompañado de una necesaria revalorización de la política, de las instituciones y los liderazgos frente a las diversas y variopintas alternativas de tipo populista, antipolítico y antipartido frente a la política democrática.

La desafección política

El término “desafección política” es un término relativamente nuevo, que ha sido trabajado últimamente por la sociología política y la ciencia política para explicar parte de los trastornos y los estados de ánimo y confianza, respectivamente, de parte de los ciudadanos hacia la política, los actores políticos y la democracia. Una primera aproximación asumiría la desafección política, en primer lugar, como una actitud anormal o irregular, pues lo natural es que los ciudadanos participen activamente y manifiesten cierto afecto y valoración por la política y lo político.

36 Cf. Ramos Jiménez, 1997. pp. 196-199; Juan Carlos González, 1997; Klaus von Beyme, 1995; Jorge Lazarte, 1998; José Antonio Rivas Leone, 2002a.

Seguidamente y precisando un tanto más, definiríamos la desafección política con las palabras de Torcal, Montero, Gunther y otros “ como el sentimiento subjetivo de ineficacia, cinismo y falta de confianza en el proceso político, en los políticos e instituciones demo-cráticas que generan distanciamiento y alienación pero sin cuestionar la legitimidad del régimen político”³⁷.

Debe notarse que este concepto difiere de otros utilizados anteriormente por parte de los sociólogos y politólogos, particularmente empleado para describir un fenómeno actitudinal que presupone, según Mariano Torcal, sentimientos y estados de “alienación política, crisis de confianza, cinismo político y disenso político, pese a que muchas veces éstos se han utilizado de forma intercambiable y se han medido con indicadores semejantes. Los conceptos mencionados, a diferencia de la desafección política, sugieren una crisis de legitimidad del sistema democrático. La desafección política, es independiente del grado de apoyo al régimen, no constituye, por tanto, un indicador del mismo, y tiene consecuencias actitudinales diferenciadas³⁸.

Vale la pena destacar o hacer énfasis es que la desafección es un estado o actitud que se ubica en un nivel macro, dado que la desafección viene asociada inequívocamente con sentimientos de alieneación y rechazo de la política, y no a una determinada gestión o proceso político. Claro está que una mala gestión o proceso político, aunado a otros elementos valorados y evaluados negativamente, pueden estimular también una mayor desafección hacia la política. La desafección está íntimamente referida a la identificación y al grado de confianza del ciudadano con la política, las instituciones y sus representantes, así como a los niveles de eficacia de la política y de las instituciones.

Por tanto, la desafección observada en muchos ciudadanos de

37 Montero, Torcal y Gunther, 1998, p. 12. Además Lechner 2002.

38 Véase Mariano Torcal, 2001, p. 233. Además, José Ramón Montero – Mariano Torcal y Richard Gunther, 1998. También Benedicto y Reinares 1992; Benedicto 1995; Revilla 1995; Morán 1997.

nuestras sociedades latinoamericanas, no es más que el resultado de un proceso de alienación o divorcio de aquellos para con la política y las instituciones, valoradas negativamente como ineficientes y poco confiables. Pudiéramos decir así que la desafección depende o está ligada a la calidad de la política, los resultados de la democracia y el nivel de certidumbre puesto de parte del ciudadano común hacia sus sistema político y entramado institucional.

En tal sentido, toda iniciativa de resocialización y politización del ciudadano con la política, pasa primeramente por un saneamiento de esta última, en el entendido que dicho proceso constituye una actividad que debe desembocar en el logro de una política más eficiente, más transparente y deliberativa, desarrollada sobre unos códigos y patrones que le devuelvan sus atributos de virtud, servicio y nobleza. Por otro lado, y seguidamente, se requiere de un entramado institucional, unos procedimientos y organizaciones, que respondan eficientemente al conjunto de demandas que una determinada sociedad plantea a sus autoridades y representantes.

La antipolítica

La antipolítica debe abordarse antes que nada como negación y cuestionamiento de la política tradicional, o como situación de anormalidad y descontento hacia la política institucional, dado que esta última ha negado la posibilidad de participar y deliberar a los ciudadanos. Además, es frecuente afirmar que la antipolítica presupone una suerte de personalización de la política y del ejercicio del poder, en detrimento o menoscabo de la política institucional como política tradicional.

Por otra parte, dicho proceso de transformación va acompañado del surgimiento y avance de un conjunto de organizaciones y tendencias que persiguen un cambio en la forma de hacer política y

que, en cierta medida, han intentando llenar ese vacío canalizando las distintas demandas de una sociedad civil con demandas insatisfechas. Se ha subrayado lo suficientemente que los partidos políticos han tenido una tremenda responsabilidad en las situaciones de crisis registradas en países como Perú, Venezuela y Bolivia. Precisamente porque los mismos no entendieron la profundidad de su aislamiento en ciertos casos y, por lo mismo, no hicieron mucho para reconstituir sus vínculos con los electores, modificando sus comportamientos a fin de democratizar sus estructuras y seguir siendo los principales actores del juego democrático.

En América Latina, encontramos que el avance de distintos movimientos y de candidatos antipolíticos se dio, tanto en aquellos países que contaban con partidos y sistemas de partidos estables y organizados, como Colombia y Venezuela, como en aquellos países con partidos y sistemas de partidos fragmentados, débiles y desorganizados como Perú, Bolivia, Ecuador y Brasil. La antipolítica, como nueva forma de hacer política en los noventa estuvo a la ofensiva en nuestros países, aprovechando la situación de cuestionamiento de los actores, expresándose entre otras cosas como "una reestructuración de los universos y prácticas políticas... en el sentido en que se redefine la relación entre los ciudadanos y la política"³⁹.

La llamada antipolítica está también referida en sus grandes rasgos a todas aquellas prácticas y mecanismos que manifiestan vocación de actividad pública y de intervención y redefinición de los espacios políticos, es decir, está presente en toda movilización que en procedimientos o contenidos actúa en una línea diferente de la marcada por la política institucional y tradicional⁴⁰.

De tal modo que la antipolítica, como lo ha destacado René Antonio Mayorga⁴¹ en su estudio comparativo de Bolivia, Brasil y Perú se desarrolla paradójicamente como una forma de hacer

39 Cf. Benedicto y Reinares 1992. Ampliamente Rivas Leone 1997, 2002b.

40 Cf. María Funes Rivas, 1995. p. 122 .

41 Cf. René Antonio Mayorga, 1995. p. 33.

política que pretende no sólo prescindir de los partidos políticos, sino también pone en cuestión las pautas predominantes del que-hacer político de los gobiernos democráticos.

Asimismo, no debemos perder de vista que en países tales como Bolivia, Perú, Brasil y Venezuela, el surgimiento de candidatos outsiders o extra-partido y el impacto de los mismos en la nueva política democrática latinoamericana ha coincidido con una situación de crisis económica, de ingobernabilidad y de cuestionamiento de las élites políticas. El avance de la llamada antipolítica como nueva política coincide con una suerte de ‘fatiga cívica’ del propio sistema. En tal sentido, esta situación ha provocado el surgimiento de outsiders en casi toda la región, dentro de un espectro político caracterizado por la confusión, el descrédito de los partidos políticos y el agotamiento de las instituciones democráticas⁴².

El avance de la antipolítica revela también la transformación de la política y la presencia de una nueva cultura política, en la que la política como instancia privilegiada de representación y coordinación de la vida social se ha vuelto problemática, y como instancia central de lo social tiende a desvanecerse⁴³. Por consiguiente, creemos que este fenómeno exige un replanteamiento de lo público y lo privado y, por sobre todo, demanda reformulación en la tarea de repensar la política, a fin de retomar y reexaminar sus contenidos⁴⁴.

Por consiguiente, nuestro planteamiento gira en torno a diversos temas y procesos que viven las democracias latinoamericanas

42 Cf. Ulibarri, 1993. Además Marcel Gauchet 2002.

43 Véase Alfredo Ramos Jiménez, 1999a; Norbert Lechner 1996a; 1996b; 1996c; José Antonio Rivas Leone, 2002a; José Ramón Recalde, 1995; Rigoberto Lanz 2000.

44 Véase el escrito *Confines de lo político*. Nueve pensamientos sobre política, en el que Roberto Espósito presenta unas cuantas ideas que retoman los principales temas de la política, la misma que se presenta hoy como una instancia polémica, caracterizada por una diversidad de posiciones, que tienen en común poner en entredicho el lugar y centralidad de la política, y con ella sus centros explicativos como el Estado, la cultura, la democracia y sus insti-

en nuestros días. Trátese de los cambios en las formas de hacer política debido al surgimiento de nuevos actores, sin olvidar que “la creciente reducción en los niveles de participación electoral y el auge de candidatos ‘nuevos’ deben ser interpretados como indicadores de una pérdida de confianza en los políticos tradicionales y por ende un escenario de desencanto político”⁴⁵ que junto a la llamada “privatización de la política”, conforman una situación anormal de “divorcio entre la política y la ciudadanía” (Auger, 1996). Ello expresa la disolución de la cohesión social, la crisis de las identidades, el repliegue hacia lo privado, y el auge del individualismo dentro de los procesos más sobresalientes en estos últimos años.

Recapitulando, tendríamos que la antipolítica constituye un fenómeno relativamente reciente en la región, que engloba un conjunto de prácticas políticas que se caracteriza ante todo por una ruptura con las prácticas políticas tradicionales, prácticas que resultaban del despliegue de los partidos políticos y los políticos profesionales⁴⁶. Por ello, en gran medida observamos el apego a prácticas y conductas de corte antipartido y, en algunos casos antisistema, desarrolladas por los outsiders y nuevos caudillos de la política. Justamente, nuestra reflexión se orienta al estudio de

tuciones, entre otros. La política debe ser repensada radicalmente, y no sólo reinterpretada a la vista de las circunstancias actuales. Cf. Detenidamente Espósito, 1996. pp. 13-37. Además José Antonio Rivas Leone, 2000a.

45 Cf. Nolte, 1995. p. 159. Montilla 2001.

46 María Funes Rivas (1995), sostiene que uno de los caracteres que definen todas estas manifestaciones diversas que aquí calificamos de antipolítica o nueva política, es que precisamente se articulan tomando como referente negativo a la política convencional, fundamentalmente la política de partidos. Por otra parte, la crítica a la actividad tradicional, clásica y/o forma convencional de hacer política a través de los partidos no es necesariamente la única, también la antipolítica cuestiona a otros actores de la política, entre ellos la clase política y los anteriores movimientos sociales y políticos. Creemos que la antipolítica, más que un descontento con la política institucional, se refiere a un rechazo de la política institucional en la medida en que ésta niega a los ciudadanos la discusión, el debate, su participación en el espacio público.

tales prácticas, consideradas antipolíticas, teniendo como premisa el hecho de que la *política de la antipolítica* supone una revisión de la concepción de las pautas, comportamientos, mecanismos, actores y temáticas y, en fin, de la propia cultura política como expresión de tales fenómenos.

Si admitimos que la antipolítica es un modo alternativo de hacer política, que en nuestro medio latinoamericano se manifiesta principalmente a través del cuestionamiento de los actores tradicionales, inclusive asumiendo en algunos casos posiciones antisistémicas, en otros contextos, como el europeo, la antipolítica se expresa de forma más enérgica a través de los movimientos separatistas, de extrema derecha, neonazis y mediante el resurgimiento de los nacionalismos beligerantes⁴⁷.

En consecuencia, el análisis de nuestra realidad nos obliga a redefinir las visiones del pasado y del futuro en relación con la política latinoamericana, en donde precisamente encontramos un escenario confuso y cambiante, en el que observamos el avance de nuevos actores que implican todo un replanteamiento en las maneras de concebir y hacer política.

En cuanto al discurso antipolítico y neopopulista de los nuevos actores, éste se caracteriza por un fuerte contenido emotivo y mesiánico, por un lado, así como por una posición netamente de crítica y cuestionamiento de la institucionalidad tradicional. No olvidemos que una de las funciones de dicho discurso radica en la polarización de la gente con respecto a la política establecida, estableciendo así una estrecha relación entre los actores y el colectivo que, aprovechando el desencanto hacia las estructuras partidarias, presenta a los *outsiders* como una alternativa con cierta aceptación y viabilidad⁴⁸.

La antipolítica fungiría como la nueva política o política revisionista, en el sentido de proponer transformaciones y cambios en

47 Véase María Funes Rivas, 1995; René Antonio Mayorga, 1995 y 1997. pp. 125-144.

48 A juicio de Marcos Novaro, en América Latina en la mayor parte de los casos, los nuevos líderes de la región no se destacan por su vocación para crear y fortalecer instituciones, todo lo contrario, dirigen fuertes críticas hacia éstas

las formas tradicionales de hacer política, lo que implica el cuestionamiento de aquellas formas⁴⁹, que tienen como fundamento la presencia protagónica de los partidos políticos. De allí que los nuevos caudillos y líderes antipolíticos, aparte de cuestionar duramente a los partidos políticos y a la clase política o “establishment tradicional”, difícilmente cuentan con el aval de verdaderos partidos, a lo sumo cuentan con el apoyo de pequeños movimientos, que en su mayoría nacen en plenos procesos electorarios, como de hecho ha sucedido con el PRN (Collor de Melo) en el Brasil, Convergencia (Caldera) y el MVR (Hugo Chávez) en Venezuela o Condepa (Palenque) en Bolivia.

Asimismo, observamos que junto al neoliberalismo implementado en la mayoría de las economías latinoamericanas, en la década de los 90 se han reunido las condiciones para el surgimiento de nuevos líderes políticos, provistos de discursos sociales emocionales, muy críticos de las instituciones políticas tradicionales que, movilizando porciones altas del electorado, al mismo tiempo promueven programas de gobierno de tipo liberal. De aquí que hayan sido tomados bajo la forma de *nuevos liderazgos*⁵⁰ o como la encarnación de los “caudillos electorales de la posmodernidad”⁵¹.

Ciertamente, el desfase entre los “nuevos” actores sociales y los “viejos” actores políticos, se expresa en los primeros como la

y en algunos casos apuntan a su disolución. Cf. Novaro, 1996. p. 100.

49 Actualmente debido entre otras cosas a que los partidos han entrado en un estado de cierto rechazo y deslegitimación podemos afirmar coincidiendo con Enrique Zuleta Puceiro (1995) que asistimos a un tiempo donde observamos se rinde culto descarnado a la acción directa, el individualismo posesivo y la política-espectáculo en una suerte de democracia directa sin estructuras ni mediaciones, en las que los individuos se imponen por sobre la cáscara vacía y sospechosa de las instituciones.

50 A juicio de Carlos Vilas, la distinción entre lo “nuevo” y lo “viejo” no tiene una delimitación tajante, más que nada observamos en los nuevos liderazgos la actualización de los estilos políticos de cierta duración en nuestra región. Cf. Vilas, 1994. p. 324. Por su parte, Víctor Durand sostiene que la distinción de nuevos líderes es para calificar a aquellos actores que logrando llegar al poder, se sitúan por fuera del sistema político. Cf. Durand, 1994. p. 352. Además Ulibarri 1993.

51 Cf. Vilas, 1994. p. 323.

práctica de una “política de la antipolítica”, o de una política caracterizada por la desconfianza hacia la clase política (los políticos, los partidos políticos, las burocracias, los dirigentes partidarios y sindicales), a la que acusan de corrupción, compromiso con el sistema y traición al mandato popular⁵².

Por otra parte, la propia situación de cuestionamiento y rechazo de las formas tradicionales de la política, junto a la situación de contracción y agravamiento económico de muchas de nuestras economías con una erosión social, conforman el caldo de cultivo propicio para que el nuevo caudillo y unos cuantos generales sin tropa (líderes sin partido) incursionen en la política y, más aún, sean legitimados por buena parte del electorado descontento con los actores tradicionales que no han satisfecho sus demandas y expectativas ciudadanas.

De ahí que, “el surgimiento de candidatos extra-partido y el impacto un tanto sorprendente de los ‘outsiders’ que incursionan con cierto éxito en el terreno de la política, ha sido en nuestros países la respuesta a una suerte de ‘fatiga cívica’, que se ha ido extendiendo como producto del desencanto provocado por la promesa incumplida de la democracia”⁵³.

Además, los outsiders en la política latinoamericana emergieron dentro de espectros políticos caracterizados por la confusión, el descrédito de los partidos y el agotamiento de las instituciones. Cabe destacar aquí ejemplos bastantes representativos, que ilustran el panorama de cambio y, por sobre todo, la emergencia de tales outsiders⁵⁴ a la cabeza de sus respectivos movimientos, representando en todos los casos el gran desafío hacia las formas de hacer política provenientes de los partidos.

52 Cf. Vilas, 1994. p. 331.

53 Ramos Jiménez, 1997. *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*, especialmente el capítulo 12, pp. 201- 230.

54 La política de los noventa se definió como nueva política o política espectáculo, caracteriza por la innovación en cuanto a los líderes, prácticas y mecanismos, junto a los líderes nacidos de las convulsiones de partidos tradicionales (Menem) o de la quiebra de las oligarquías patrimonialistas (Collor), surge un nuevo tipo de protagonistas nacido de la emergencia política de

La despolitización, desafección y la antipolítica representan, sin lugar a dudas, la negación más acabada de la política democrática, y uno de los indicadores más contundentes que nos revelan la necesidad de recuperar el tejido social, la urgente tarea de politización de la sociedad civil como sujeto activo de la política, y consecuentemente, la revalorización del papel (rol) ejercido por las diversas organizaciones sociales y políticas (partidos, ONG, sindicatos, grupos diversos, etc.) en el funcionamiento de la democracia y el ejercicio de la política.

La política amenazada

La política del fin del siglo XX y lo que va del XXI ha sido asediada y en otras partes aparece amenazada por una serie de factores: imperativos de tipo político (deterioro generalizado de los partidos y clase política, corrupción, neopopulismo y antipolítica); imperativos de tipo social (desconfianza en la política, despolitización, fundamentalismos diversos); imperativos de tipo económico (primacía del mercado, globalización, crecimiento de la pobreza y mayor exclusión social). Sin embargo, la mayor amenaza a la política radica en el vaciamiento actual, la ausencia de contenidos y programas, y la falta de apoyo de parte de la ciudadanía.

El retiro o abandono de la política, la huída hacia el reino de lo privado, la presencia de una cultura del yo, el alejamiento en los ciudadanos del individualismo dentro de sus imaginarios

organizaciones sociales. Observamos que sindicalistas como Walesa o Lula, figuras del espectáculo como Reagan, Berlusconi, Palito Ortega o Reutemann, intelectuales como Vargas Llosa entre otros, son el resultado y expresión de procesos de personalización y 'espectacularización' de la política surgidos de la primacía de las nuevas formas de comunicación e información y del empleo eficaz de tecnologías sofisticadas que intervienen en la política. Cf. Zuleta Puceiro, 1995.

colectivos y, en fin, la distancia del ciudadano con la política, constituyen cuestiones que afectan y condicionan la permanencia de la política y de la propia democracia.

Jean-Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon, pensando el escenario actual europeo y las nuevas desigualdades y modos que definen a la política, han precisado muy oportunamente el hecho de que “hoy es de buen tono denunciar la gran miseria del medio político. Muchos factores alimentan esta actitud. Pero no hay que equivo-carse de diagnóstico, sin embargo. En efecto, la función política nunca ha sido tan insoslayable en nuestra sociedad. Si se considera que la función de lo político es “poner en forma” y “dar sentido” a la sociedad, nunca fue tan necesaria como en nuestros días. En un momento en el que el modo clásico de organización del vínculo social se desmorona, es esencial, en efecto, retomar a esa función primordial de lo político”⁵⁵.

Registramos en todas partes, y en algunas más que otras, situaciones que bajo todo punto de vista representan una amenaza y reto para la política en la actualidad, sobre todo por la manera como inciden e impactan en los ciudadanos y en la sociedad respectivamente. Esas amenazas no sólo provienen del interior de la política, cuando esta se devalúa, se deteriora y deja de ser sinónimo de servicio y proyecto colectivo, generándose las mutaciones y divorcios entre los ciudadanos, como indicadores que definen la sociedad de nuestro tiempo.

Por otra parte, tendríamos un conjunto de amenazas del exterior, y nos referimos al terrorismo, las nuevas desigualdades, el surgimiento de religiones con una carga fundamentalista y xenofóbica importante, nuevas armas químicas de destrucción masiva, pobreza y miseria, y el resurgimiento a escala mundial de los nacionalismos beligerantes y separatistas. Todos estos fenómenos tienden a rebasar a la política, ubicándola con frecuencia lejos del centro de la vida social.

55 Jean-Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon, 1997. p. 204.

Además, es importante advertir que en el período actual (última década del siglo XX y primera década del siglo XXI) se han producido algunos cambios en las esferas social, económica, política y cultural. Todos estos cambios en su conjunto, han creado formas singulares de interconexión regional y global, siendo estas últimas más extensas e intensas que nunca, por lo menos en lo que a periodos anteriores se refiere, poniendo en cuestión y reconfigurando las nuevas comunidades políticas, valores y sentimientos de pertenencia y, en particular, algunos aspectos del Estado moderno y de la propia democracia. Asistimos, por consiguiente, al advenimiento de la *sociedad del riesgo*, como lo han observado Ulrich Beck, Scott Lash, Anthony Giddens, Solé y Appadurai, para no mencionar a tantos otros en los años recientes.

Repolitización y nueva ciudadanía

Vistas las nuevas circunstancias que experimenta la política, la democracia y la propia ciudadanía en nuestros países latinoamericanos, estamos ganados para plantear y postular frente a lo observado, una recuperación y repolitización de la ciudadanía. Además, registramos un momento estelar partiendo de que pasamos de una etapa en la década de los noventa de la antipolítica y la despolitización, a una etapa y década de nueva politización o repolitización de nuestros ciudadanos, incluyendo la aparente recuperación del entramado institucional, es decir, procesos de reinstitucionalización.

La democracia, es decir, el régimen mediante el cual los gobernados eligen a los gobernantes sólo puede existir si la libertad dispone de un espacio indestructible, si el campo del poder es más limitado que el campo de la organización social y el de las decisiones individuales. Pero esta condición necesaria no es suficiente. Porque, en la medida en que el poder político debe estar limitado es preciso también que los actores sociales se

sientan responsables de su propia libertad, reconozcan el valor y los derechos de la persona humana y no definan a los demás y a ellos mismos atendiendo solamente a la colectividad donde han nacido o a sus intereses particulares.

De esta forma podemos observar que una condición de la existencia de un régimen democrático descansa en el principio moderno de la individualidad personal y en el respeto hacia los derechos que reviste la misma. Cuando hacemos referencia al individuo no queremos remitirnos solamente a éste en su faceta económica o desvincularlo de su situación histórica y posición social. Asumimos que aquel debe tener conciencia de sus actos, un carácter reflexivo sobre su situación personal e intereses, ya que constituye pieza fundamental en el proceso eleccionario y deliberativo de la democracia. Desde esta perspectiva el individuo debería ser objeto central en los fines que persiguen las políticas públicas que implementen aquellos que serán elegidos por el mismo. Asimismo, el sistema político y la institucionalidad democrática deben estructurarse a partir del ciudadano como base de todo proyecto político y social en el corto y largo plazo.

Si bien es cierto que el concepto de organización social presupone un grado de complejidad de los ámbitos e instituciones de la sociedad, estos últimos son construidos por los agentes sociales mismos. De esta forma la riqueza de la sociedad civil se constituirá en la garantía de la limitación del poder del Estado, dándose el principio de libertad negativa como lo han destacado los autores modernos y por ello toda democracia que quiera mantenerse y calificarse de vital, deliberativa y plena requiere de ciudadanía⁵⁶.

Si anunciamos que una condición definitoria de la democracia como sistema está en que los gobernados elijan a sus gobernantes o representantes, participen en la vida democrática, se sientan y asuman su condición de ciudadanos, los mismos siempre serán sujetos activos y deliberativos de la misma. Esto supone ser

56 Encontramos interesantes planteamientos en los trabajos y formulaciones de Cohen y Arato 2000. Además, Víctor Pérez-Díaz 1997. Robert Dahl 1999.

consciente del sentido de pertenencia y correspondencia con la sociedad y la comunidad.

La democracia carece de fundamento si un país está fragmentado entre etnias extranjeras u hostiles entre sí y, más simplemente aún, si las desigualdades sociales son tales que los habitantes ya no tienen el sentimiento de un bien común, como ha sucedido en determinados momentos en nuestros países, sobre todo en momentos de graves coyunturas críticas, como las registradas en Argentina, en diciembre de 2001, o en Venezuela, en abril del 2002, cuando se produce una división frontal y radical de las sociedades y actores, respectivamente.

Para que sea vigorosa la democracia es necesario que exista cierta igualdad de las condiciones, tolerancia, respeto de las reglas de juego y una conciencia nacional en las que están representados todos los ciudadanos de un país y sociedad, respectivamente. Como señaláramos más arriba, la condición de elecciones libres y periódica, presupone un ciudadano elector con capacidad para elegir y hacer representar sus intereses. En otras palabras, hablar de ciudadanos nos remite a unas condiciones mínimas y a la posesión de unos determinados criterios, de lo contrario la ciudadanía se convierte en una evocación y entelequia.

Los individuos se transforman en ciudadanos mediante la posesión de una conciencia que deviene colectiva (nacional). Este concepto debe entenderse como apropiación de una cultura política centrada en los valores democráticos (su contenido), y una cierta homogeneización de éstos en la ciudadanía, y por tanto la actitud activa de defenderlos en el caso de que el ejercicio de la democracia sea puesto en peligro y, por tanto, se menoscaben los derechos humanos.

La ciudadanía está íntimamente relacionada con la cultura política y por tanto con todo el conjunto de valores, orientaciones y pautas que definen a una determinada sociedad. La necesidad de explorar más profundamente los valores en que se sustentaban las orientaciones hacia el centro de decisiones políticas, necesitan de una estrategia que combine aspectos cuantitativos, como as-

pectos cualitativos.

No perdamos de vista, asimismo, que las sociedades con profundas divisiones de tipo religioso, étnico o de naturaleza cultural pueden, si es que existe una voluntad política mínima y un conjunto de valores hacia la democracia sustentados por ambas partes de los agentes pertenecientes a los polos en cuestión, estructurar un diseño institucional que permita la representación de las particularidades. Estos tipos de democracia, denominadas por Arend Lijphart como democracias consociacionales, consensuales o modelos de consenso.

Ahora bien, si estas sociedades se encuentran atravesadas por clivajes que las dividen y segmentan, para una incorporación de cada segmento es necesario que estén integrados internamente, que presenten una vigorosa sociedad civil, ampliamente estructurada en cada uno de ellos. La democracia se sustenta en estas sociedades bajo un acuerdo de sus sociedades civiles, que se estructuran en una sociedad política que permita una articulación democrática de sus intereses ampliamente representada en el gobierno y todo este remite al papel de la ciudadanía.

Guillermo O'Donnell⁵⁷ ha señalado acertadamente en sus análisis sobre la ciudadanía y la democracia en América Latina, que el tipo de ciudadanía existente es muy precaria, debido a la falta de integración social, la anomia y la no socialización bajo parámetros democráticos. De esta forma, el régimen no puede legitimarse si no es mediante la implementación de políticas públicas eficaces y la identificación personal con el líder, estando presentes ante una ciudadanía de baja intensidad.

Una cuestión ineludible está dada a través de la incorporación activa de los ciudadanos al espacio público de interacción comunicativa, cuando los individuos adquieren su condición de ciudadanos, como miembros plenos y activos de una comunidad, ejercitando así sus derechos a la par de ver reconocida su posición y rol de actores políticos dentro de una sociedad, entramado in-

57 Cf. Ampliamente Guillermo O'Donnell, 1993. pp. 62-87.

stitucional y sistema político.

La ciudadanía está asociada con la noción de igualdad claro está, pero además hace alusión a las ideas de desarrollo y explotación de las capacidades políticas de una sociedad, garantizándose por tanto un espacio público de plena igualdad y participación de los miembros de una determinada comunidad política. La ciudadanía, en opinión de Fernando Calderón, no es otra cosa que “la instancia de la democracia que puede garantizar a la participación de las personas en las decisiones colectivas que afectan a toda la sociedad. La cuestión consiste en construir estos espacios deliberativos públicos como instancias de esa vinculación fecunda entre derechos humanos y expansión ciudadana”⁵⁸.

Precisamente uno de los desafíos impuesto por la modernización y democratización en América Latina esta referido a la necesaria reducción de las brechas en sociedades profundamente desiguales, en aras de alcanzar unos niveles mínimos de desarrollo. Solo así podremos hablar de una auténtica ciudadanía, y no de meros individuos aislados, carentes de derechos civiles, sociales y políticos y de obligaciones.

El premio Nobel Amartya Sen⁵⁹ es categórico a la hora de dar cuenta de los cambios principales que asumen algunas categorías, entre ellas la ciudadanía en esta etapa de reordenamiento generalizado, señalando con mucho acierto que un hecho político en el mundo actual consiste en el fenómeno de la ciudadanía sustraída, en la cual la representación política de lo social y colectivo se degrada. El ciudadano pasa a ser un súbdito o un cliente de una clase política inamovible y estancada, dejando de interesarse en por lo político, o en aquello que a la larga resultará vital para la representación de sus intereses.

Partiendo de que el fin de siglo se define por sus mutaciones sociales y políticas, que producen una serie de anormalidades o desarrollos, entre ellas, destacan de forma paradigmática las

58 Fernando Calderón Gutiérrez, 2002. pp. 93-94.

59 Nos apoyamos en su obra *La libertà individuale como impegno sociales*, publicada por Laterza, Roma, 1997.

transformaciones que adquiere la ciudadanía y la política, llevando a esta última a convertirse en: “una actividad atrincherada en el monopolio de una corporación partidaria donde ya no hay diversidad social a ser representada. En tal dinámica, el ciudadano viviría como algo ajeno a su vida⁶⁰.”

El porvenir de la política

Hemos señalado que si algo define a la política es su carácter conflictivo y deliberativo. Sin embargo, registramos no solo en América Latina, también en otros contextos, situaciones sumamente delicadas donde la política se ve precisada y superada por sus fallas, por el surgimiento de amenazas diversas (terrorismo, antipolítica, populismos e ideologías transversales) que de alguna manera condicionan su presente próximo, su porvenir y por tanto merecen ser analizadas y tratadas.

Destaca de forma general el hecho de que “las formas y mecanismos a través de los cuales los ciudadanos se vinculan con el mundo de lo político, expresan sus demandas y participan en la definición colectiva de las prioridades sociales, han experimentado y siguen experimentando un proceso de continua renovación, en el que emergen nuevas pautas de acción política caracterizadas por la coexistencia de tendencias de muy distinto signo⁶¹.”

Norbert Lechner, quien ha seguido de cerca la cuestión de la democracia, el Estado y la política latinoamericana, entre otros autores, ha precisado que “la política como instancia privilegiada de la representación, regulación y conducción del orden social se torna problemática. Ya no podemos suponer una centralidad de la política en tanto número rector de todo proceso social; Estado y política dejan de ser vértices de la organización social. Tiene lugar una transformación de la política, cuyo papel y funciones han de

60 Francisco Calderón Gutiérrez, 2002. p. 108.

61 Jorge Benedicto y Fernando Reinales, 1992. p. 23.

adecuarse a una sociedad policéntrica”⁶².

Ahora bien el problema que registra la política latinoamericana no es precisamente el hecho de que tengamos contextos híbridos y mixtos, en los que convergen o cohabitan ideologías de derecha e izquierda, políticos profesionales y outsiders, viejos partidos políticos como el APRA, AD, Nacional, Colorado, Liberal y Conservador y nuevas agrupaciones y organizaciones políticas, sino la presencia en nuestros imaginarios colectivos de elementos tales como la ineficiencia de los gobiernos, la corrupción y un sentimiento extendido entre los ciudadanos de una evidente desvalorización de lo público y, por tanto, de la política, como proyecto que para muchos ha perdido el sentido y proyección.

La ya mencionada generalización de los sentimientos de desconfianza y desafección política actúa, sin duda, en el sentido de profundizar esta pauta de cultura política hasta unos límites que han llegado a ser preocupantes para la propia legitimidad de la democracia, desde el momento en que una reiterada crisis de confianza en instituciones fundamentales puede erosionar las bases sobre las que se asienta el apoyo al sistema político democrático⁶³.

Por consiguiente, el panorama de la política latinoamericana en nuestros días resulta un tanto confuso, complicado y lleno de incertidumbres que es preciso descifrar como punto de partida de todo debate y propuesta innovadora. La tesis que plantea una recuperación de la política y de las instituciones, a la luz de las demandas ciudadanas y las circunstancias de cada una de nuestras sociedades, parte de la constatación de que estas últimas imbuidas en una serie de problemas, que en su conjunto configuran un porvenir incierto de la política en nuestros días.

Por tal razón y frente a lo que se ha denominado “la rebelión de

62 Norbert Lechner, 1997. pp. 52-53. Además Rivas Leone, 2000a. Madueño, 1997.

63 Cf. Russell Dalton, 1988. Además Jorge Benedicto y Fernando Reinares, 1992. Lechner 2002. Montezo *et al.* 1998.

los individuos contra el sistema “, la anomia de las instituciones, la pérdida de sentidos y referentes, no cabe la menor duda que es preciso recentrar los debates y postular más allá de la fachadas desconcertantes de la política latinoamericana un retorno a la política, hacia la “reinvención de lo político” en aras de recuperar a la política en toda su dimensión.

Estamos de acuerdo con Ulrich Beck cuando nos advierte que: “inventar lo político significa una política creativa y aut creativa que no cultive ni renueve las antiguas hostilidades, ni derive de ellas sus instrumentos de poder y los intensifique; en lugar de ello, se trata de una política que diseñe y forje nuevos contenidos, nuevas formas y nuevas alianzas. Con todo esto aludimos a un renacimiento de lo político”⁶⁴.

64 Véase los sugerentes comentarios de Ulrich Beck en su ensayo “La reinven-
ción de la política”, 1997, pp. 13-73. También Carlota Solé 1998; Arjun Ap-
padurai 2001.